

"El orgullo es el complemento de la ignorancia". Bernard Le Bovier

Londres. # 13, carrera hasta el vacío

Londres su actual imagen al hombre, como cualquier ciudad, pero en cierta parte, más al hombre ajeno que al propio, al que quiso someterla y no pudo. Por eso es ciudad bastante moderna, desprovista de muchas de las imágenes rancias de su pasado. Las que le quedan, eso sí, son orgullosamente majestuosas, en una doble acepción del término. Su majestad, a menudo ella, impregna uniformes danzantes y edificios rutilantes dispuestos en puntos de obligado paso para turistas. Lo demás, lo no mayestático, acabó casi todo en ruinas – ruinas de escombros – por obra y gracia de alguien que pasó a la Historia no precisamente por su gracejo. Como fuera que tuvo que reconstruirse, parece más joven y dinámica, menos anquilosada. Pero no se lleven a engaño porque su espíritu sigue siendo el mismo. Londres fue ciudad que irradió orgullo y supremacía británica en los tiempos en que fue el centro del mundo, y eso no desaparece de la noche a la mañana.

Quizás me deje llevar por tópicos, pero lo cierto es que estos emanan de la singularidad de los lugares. El emplazamiento acarrea una serie de condicionantes –un clima, una topografía, una determinada composición de suelo, una cercanía a ríos o mares...– que hacen que habiten allí seres vivos determinados, sean plantas o animales. De igual modo podemos decir que las

ciudades están influenciadas por esos condicionantes de emplazamiento elegidos por sus fundadores, que crearon así un nuevo entorno capaz a su vez de moldear a las personas que viven en ellas, completándose así un raro ciclo hombre-ciudad particular de cada rincón de este mundo, también de Londres, por más que últimamente, como en todo lugar, lo global amenace su esencia.

Deléitese con largos paseos por amplias avenidas y extensos jardines de artificial naturaleza, verde alfombra y agua cercada, donde hamacas holgazanean los días de sombra –la mayoría– y son rifadas cuando su uso es propicio para pieles blancas sedientas de sol. Compre en mercados que ocupan las calles con todo tipo de cachivaches, alimentos y de ropas. Sucumba a lo imperial, a la antigüedad parlamentaria, a la cima del cisma anglosajón, pero no deje de visitar el Soho, porque es allí donde Londres experimenta, donde se permite ensayar nuevas creaciones humanas, mezclando lo de aquí y lo de allá, lo nuevo y lo viejo, lo ortodoxo y lo extravagante, un sitio donde se entiende la globalidad de un modo diferente.

Julian gasta la mayor parte de su tiempo encerrado entre cuatro paredes dentro de este campo experimental. Lo suyo es el arte, al menos eso piensa, habiendo demostrado bastante constancia en ello. Durante los tres últimos años se ha dedicado a plasmar en lienzos su idea del arte, desestimando los consejos de sus padres y hermanos acerca de encauzar su vida a algo más productivo, el negocio familiar de la carne, sin ir más lejos. Él siempre ha preferido las adulaciones de sus amigos, que le dicen que tiene mano para esto del arte,

aunque jamás haya logrado endilgarle a ninguno un cuadro suyo. Quizás si se hubiera parado a reflexionar sobre la raíz de esos comentarios, soltados más por apoyo moral que por pura convicción, habría dado al traste con pinceles, espátulas y óleos hace ya algún tiempo, y dirigido sus esfuerzos a escrutar el grado de ternura y la cantidad de nervios en cada libra de carne adquirida por la empresa de sus padres. Pero Julian persevera, y dedica todo su tiempo a esa pretensión de ser artista. Vuelca sus horas pintando, y las que no usa con el pincel las emplea en buscarse réditos a su obra. Últimamente se ha dejado embaucar por un sujeto alocado que pasa por agente artístico que le ha conseguido dos exposiciones. El resultado habría desalentado al más optimista, si este no fuera otro que Julian, quien, pese a no vender ni un solo cuadro sigue empeñado en su propósito de vivir del arte. Achaca el fracaso al escaso entendimiento, no el suyo, evidentemente, el de los demás. La vida y obra de Van Gogh se esconde parapetada en su cerebro, desplegando falsas ideas de incompreensión. Como es sabido, el holandés solo vendió un cuadro en vida, y Julian lo toma como ejemplo para reafirmarse en su testarudez.

Sin embargo, un hecho va a cambiar su conducta frente al arte y a la sociedad, y lo va a llevar a transitar por los cómodos caminos del éxito, aunque sea a costa del sacrificio de sus ideas artísticas. Todo comienza un día lluvioso, no podía ser de otra forma en esta ciudad.

Julian se encuentra en el estudio, que actúa formalmente como hogar, decidiendo entre sus obras. La semana antes, su agente le había urgido a

seleccionar seis cuadros para exponerlos en una galería. No es que el establecimiento en cuestión hubiera solicitado exactamente sus lienzos, la razón de este inopinado ofrecimiento estribó en la imposibilidad de recibir obras acordadas en una primera instancia de un artista bastante prometedor, sobresaliente entre otros incipientes e insipientes, y la prisa por cubrir las paredes vacías por estas ausencias. Ahí sí puede decirse que su agente actuó con diligencia y eficacia, pues enterado del rumor de que faltaban cuadros por colgar ofreció los de su representado, que fueron aceptados sin más razón que la necesidad de completar y la conveniencia por ofrecer algo pintado por la mano de un hombre, fuera cual fuese esa mano y ese hombre. Por supuesto a Julian le escondió estas circunstancias que no harían sino sumirlo en despechos hacia él y hacia el empresario que ahora cuenta con su ignorante gratitud.

Tiene decidido tres de los ejemplares que llevará, para los otros tres mantiene dudas. El estilo pictórico de Julian es algo vago, bastante indefinido, puede que en eso radique su poco éxito. Lleva media vida estudiando a los mejores, intentando copiar, de aquí y de allá, técnicas, colores y formas, sin crear nada propio, solo engendros, mescolanzas. Algunas coquetean con el impresionismo, el puntillismo más fino, *alfilerismo* más bien, otras con el *espatulismo* más grosero. También tiene retratos realistas, calles que parecen sacadas de fotografías, carteles bitonales y naturalezas muertas con latas de judías y refrescos de cola. Esta tarde, llevado en principio por una idea que le pareció acertada, ha decidido que mandará a la galería una muestra con cierto grado de

coherencia, y evaluando su obra, amontonada por todos los lados, ha decidido que su impresionismo es de lo más conseguido, así que ha elegido los tres paisajes que considera más rematados. Luego ha vuelto a pensar sobre el asunto de la ya decidida homogeneidad del envío, y ahora ya no ve tan claro. A resueltas de ello seis cuadros esperan en un rincón su último veredicto. Continúa eligiendo hasta que solo queda lugar para uno. En ese trance decide que es el momento de tomarse un respiro para un café y baja al bar, donde su amigo Klaus suele fiarle hasta fin de mes, cuando recibe algún dinero de sus padres con el que implementar sus escasos ingresos provenientes de inmundos trabajos que realiza solo para sobrevivir.

La suerte entonces interviene en la vida del pintor: su agente llega en el preciso momento en que él disfruta del sabor de un negro solo. Como posee llave del estudio, había hablado con Julian el día anterior y este le había dicho dónde colocaría los cuadros seleccionados, se lleva los seis amontonados en el lugar indicado.

¿Seis?, Julian solo ha elegido cinco, aún debe decidir el último. Sin embargo, son seis los que el agente mete en su furgoneta, seis son los descargados en la galería, y seis los que tapan la desnudez de sus paredes, porque Julian había amontonado las cinco obras elegidas sobre otro lienzo, que ya descansaba en ese mismo sitio y que, a consecuencia de esto, resulta agraciado con su imprevisto cuelgue.

Julian ni siquiera va a la galería a ver la su exposición, quizás por un fundado pesimismo, o por negarse el sufrimiento de encontrar papeles de “vendido” en todos los cuadros excepto los suyos, algo experimentado en otras ocasiones que lo llevó a momentos de depresión, vencidos solo por su innegable testarudez por ser artista. Al día siguiente de finalizar la exposición recibe la llamada de su agente que pone en su conocimiento un par de detalles. El primero, que lo enfurece de manera que casi le impide conocer la segunda de las noticias, es la decisión que ha tomado de modo unilateral al fijar el precio de venta de todos y cada uno de sus cuadros en dos mil libras. Al oír aquello Julian palidece y empieza a gritar desaforadamente: dos mil libras es una cantidad exagerada que obstaculiza cualquier posible venta de una obra de un desconocido. La razón que, entre sus alaridos, le da su agente es que la gente del mundillo, que él se jacta de conocer, a veces prepondera el precio a la obra a la obra en sí, y de manera habitual un precio desorbitante puede constituirse en un reclamo, que una cifra alta añade atractivo e interés y hace que las personas se paren más tiempo ante el cuadro preguntándose el porqué de la cantidad. Hace además, según él, que algunos incluso encuentren explicaciones a ese elevado precio, dando así valor artístico a la obra y razones que podrían empujar a alguien en un momento dado a soltar el dinero y llevarse el cuadro. Sin embargo a Julian no le convence esta explicación y sus gritos despechados solo cesan cuando su agente le dice que ha logrado vender uno de los cuadros.

Pasa la noche pensando que su suerte ha cambiado. Ha sido capaz de vender un cuadro, quizás el primero de una larga lista que hará de él un hombre célebre, un artista reputado. Se levanta temprano y marcha a la galería para despejar la incógnita que no le ha permitido pegar ojo: ¿cuál de sus cuadros ha sido el causante de este éxito que se esboza? Sus pasos son largos y decididos pues tiene prisa en desvelar este pequeño misterio. Su cabeza no para mientras camina: “¿Habrá sido el paisaje de las afueras de Norwich, aquel del puente sobre el riachuelo con tonos verdosos?, ¿o el bosque de robles con casa al fondo?, ¿o la vista de Camden Town en día de mercado?”. Hace secretas apuestas sobre el tema, y con ellas establecidas llega a la puerta del establecimiento.

Una vez allí, Julian pregunta por el gerente y mantiene con él una charla en la que es felicitado por la venta. Después lo acompaña al lugar donde el cuadro aún reposa triunfante en la pared, al lado del cartelito de “vendido” que lo distingue del resto de sus obras. Julian lo mira y queda perplejo. Duda. Las palabras del encargado de la galería resbalan por sus oídos, su halago muere huero en el espacio entre ellos sin alcanzar su pretensión aduladora para el que, a su entender, puede llegar a ser, en un futuro, grande. Julian no lo escucha, su mente está ocupada en solucionar el interrogante que se le plantea. Mira su obra, el cuadro etiquetado con su nombre que aparece como vendido, nada más y nada menos que por dos mil libras... y no lo reconoce como propio.

Tras unos minutos lo comprende. Recuerda que apartó cinco lienzos y deduce que su agente se llevó seis, y que el sexto, el que contempla, fue arrebatado de su estudio sin la menor voluntad por su parte. Escruta cada trozo del cuadro. Es un lienzo impropio de su quehacer, pero lo asume como suyo cuando vislumbra lo que ha pasado.

Ante sí podía contemplar una orgía de colores, agrupados en tonalidades parecidas –aquí tonos púrpuras y lilas, allí naranjas y dorados, más allá verdes, en otra esquina azules vivos encerrados en tonos más apagados, abajo rojos y rosas entremezclados– todos encasquetados a brochazos en un universo celeste septentrional y verde meridional. Reconoce su desecho. Porque se trata de eso: una morralla al óleo, un triste cuadro que resultó torcido desde sus inicios. Fue un paisaje poco afortunado –cielo azul arriba, pradera verde abajo– que empleó para limpiar brochas y espátulas antes de aplicarles el aguarrás purificador. Solo eso, un sumidero de óleo estéril, un filtro para no desperdiciar disolvente, un evidente detritus procedente de su arte por el que alguien había pagado la considerable suma de dos mil libras. Aquello le hace recapacitar sobre la noción del arte, la suya propia y la de los demás.

La conmoción que sufre es tan fuerte que lo imposibilita para pronunciar palabra. Solo puede hacer un ademán de despedida al gerente y luego marcharse confundido a su apartamento. Allí va a pasar horas mirando toda aquella obra suya, ignota al gran público, que aparece ahora absurda. Tantos años de estudio de los grandes, tanta dedicación, tanto esfuerzo por encontrar

un estilo, un sello que nunca terminó de conseguir, y el público, el entendido, se da el gusto de comprar sus sobras, el paño higiénico de su talento. No resulta raro que Julian se encuentre al borde de la depresión, en un estado que amenaza su carrera artística.

Sin embargo el hombre se yergue, y aparece un Julian nuevo. Enterrado el idealista, nace el pragmático, un ser que se revela contra todo en lo que ha creído y se ha erigido en timón de su vida: “Eso es lo que les gusta... y yo puedo hacerlo”, se dice. Ya está bien. Él quiere ser artista y ellos le han dicho de qué modo puede conseguirlo. Es cansado ir contra la corriente que puede llevarte al sitio donde deseas estar, de modo que se dejará llevar. Dejará de ser salmón y se convertirá en veleta que señala el lugar donde van los modernos vientos.

Más tarde, el cuadro vendido se conocerá como el del inicio de su etapa bizonal. En ella, el artista primero establece una gradación cromática en dos tonos distintos que varía según el lienzo en cuestión. Luego adiciona un patrón de tonalidades agrupadas que reparte de modo subjetivo por esta gradación sin una interfase definida, creando así un universo *kepleriano* en formas y estructurado en base a colores primigenios.

Julian consigue un estilo propio basándose en el estudio de la única obra que ha podido vender. Hace lo mismo que entonces, alternando colores y espacios... y obtiene el mismo resultado: la venta de cada una de las nuevas

obras. Julian se convierte así en un reputado artista, capaz de vivir, y muy bien, de su talento.

Aquella experiencia vital resultado de la confusión de su agente termina por abrirle el entendimiento al arte que los demás ansían. Comprende que no todo es destreza, ni condiciones, que lo principal es el reconocimiento de los demás: es lo único que importa. Si gustas a una mayoría de entendidos, entonces eres bueno. No importa lo que produzcas, solo importará la idea que ellos lancen al mundo.

Una vez entendido eso, el artista despliega nuevas etapas que son siempre bien recibidas. Cuando agota la bizonal empieza la bandeada, caracterizada por obras que exponen bandas verticales en tonos contrastados –sus biógrafos dicen que la inspira su afición al fútbol, las camisetas de algunos clubes de este deporte–, bandas rojo y blancas, verdes y blancas, azules y negras, rojas y azules, amarillas y verdes. Lienzos titulados “Avispas”, “Peligro”, “Ensalada”, nombres sugerentes, propios de una mente inusualmente brillante.

Más tarde entra en su etapa redonda, cuyos motivos son círculos concéntricos en colores degradados, que también seduce a los críticos.

Obvia resulta su evolución a la etapa posterior, la trapezoidal, que transmuta las viejas circunferencias en toscas líneas anguladas, lo que es explicado por los expertos como un regresión a lo esencial, a las líneas puras, más salvajes, desprovistas de la suavidad de lo curvo, más naturales, en consonancia con el espíritu del autor: “Una vuelta a los orígenes”, concluyen los muy entendidos.

Pasa el tiempo y Julian acumula una dilatada carrera artística cuando emprende su última exposición en su viejo barrio. La galería donde vendiera su primera obra va a acoger su nueva hornada de arte. Comienza una nueva etapa. Ha dejado atrás la bizonal, y la bandeada, y la circular, y la trapezoidal, y entra en la esencial. En ella el autor plasma la esencia misma del arte de la pintura: el color. Trece cuadros. Trece colores. Nada más. “Colores enmarcados, ¿acaso hay algo más esencial? Una nueva brisa de genuino arte, propio del genio más rutilante del momento”, dice una reseña en un prestigioso periódico. Julian la lee en estos momentos y sonríe. En una cosa está bastante de acuerdo con el que firma la crónica: se considera un artista conceptual, más que nada porque ahora destina la mayor parte de su tiempo a concebir más que a realizar.

Esta exposición, sin ir más lejos, ha sido fruto de horas de exploración mental sobre qué podía hacer que resultara novedoso, original, digno de la fama que empieza a engrandecer su nombre. Una vez decidió el motivo, la ejecución fue bastante sencilla y rápida: entró en una tienda de los alrededores y compró doce envases de sprays acrílicos de distintos colores que aplicó uniformemente a lienzos blancos. No obstante, su mente de genio se mostró aún más audaz: dejó un lienzo, el número trece, sin pintar, en el enmallado blanco y virgen.

Luego dio nombre a los cuadros: #1 *arena*, #2 *lava*, #3 *endrina*, #4 *sorgo*, #5 *océano*, #6 *Jalisco*, #7 *limbo*, #8 *vitelo*, #9 *labio*, #10 *tóxico*, # 11 *mercurio*, #12 *muerte*, #13 *vacío*. A todos les puso el mismo precio: diez mil libras, salvo al

último, al blanco #13 *vacío*, el lienzo virgen, cuyo precio fijó en treinta mil libras. Precisamente ha sido el primero en venderse, lo cual dice mucho del conocimiento que ha llegado el autor a tener de su público, y acaba de refrendar aquel discurso pronunciado por su antiguo agente que quedó grabado en su cerebro, aquello de cómo un mayor precio influye en la valoración de la obra.

El último día de la exposición tan solo falta un cuadro por vender, el #5 *océano*. Julian se sitúa delante del cuadro, lo observa mientras piensa que quizás habría sido mejor haber comprado el spray del otro tono azul que tenía la tienda donde adquirió las pinturas. El azul *sky* en lugar de este azul *bubble*. Sí, quizás con el otro habría ido mejor. De todas formas no puede quejarse, la exposición ha sido todo un éxito artística y económicamente.

Mirando está aún el #5, cuando un niño, ya de cierta edad, doce o trece años, se acerca a contemplar el cuadro a su lado. “Mi padre quiere comprar este cuadro”, le dice. Julian lo mira y le dedica una sonrisa. “Yo le he dicho que si quiere puedo pintarle uno igual, solo me tiene que comprar un lienzo y una pintura azul”, continua el pequeño. Julian no puede reprimir una risilla, se agacha y le dice: “¿Sabes que lo he pintado yo?”. El muchacho niega con la cabeza algo azorado, pero venciendo su vergüenza le pregunta: “¿Cuánto tardaste en hacerlo?”. El artista quiere ser sincero y le contesta: “No más de diez minutos”. “¿Y en ese tiempo se puede hacer una obra de arte?”, vuelve a preguntarle. “El arte no entiende de tiempo, está en tu cabeza. Da igual lo que tardes en sacarlo de ella. El arte es la idea. Si la idea gusta es arte bueno, y si no,

es arte vulgar, algo por lo que nadie pagará ni un penique, aunque hayas empleado una vida en plasmarlo en tela, piedra o madera. Te lo digo por propia experiencia. El arte es tan difícil de comprender que ni yo mismo sé bien qué es”.

Al decir estas palabras, el hombre borra la sonrisa con la que ha comenzado su exposición, transformándola en una mueca nostálgica. Y es que a veces Julian echa de menos esos días en que, encerrado en su viejo apartamento del Soho, a solo unos metros del sitio donde ahora se encuentra, pintaba cosas, todavía no era plasmador de ideas, y soñaba con ser famoso algún día por ello.

“Pues yo la verdad es que no veo el arte en estos cuadros. A lo mejor usted me podría explicar esa idea que tuvo para pintarlos”, le vuelve a hablar el niño. “Las ideas también son difíciles de explicar, por eso, porque son ideas”, le responde, y alargando su mano le entrega el diario abierto por la página de cultura, donde se sitúa la crónica que ha estado leyendo momentos antes, al tiempo que le dice: “Afortunadamente existen hombres que saben apreciarlas y explicárnoslas”.

Julian acaricia cariñosamente la enmarañada cabellera del pequeño y se marcha de la exposición. Decide ir a dar un paseo por su antiguo barrio, eso le hará bien. Quizás durante él alumbre un nuevo concepto para su futuro proyecto.